

DE LA VASTEDAD AL REFUGIO: ARQUITECTURA DE SISTEMAS Y NODOS INSTITUCIONALES EN EL TERRITORIO RIONEGRINO*¹

FROM VASTNESS TO REFUGE: SYSTEM ARCHITECTURE AND INSTITUTIONAL NODES IN THE TERRITORY OF RIO NEGRO

 <https://doi.org/10.32735/S2735-61752026000234225>

Ana Lía Frank²

alfrank@unrn.edu.ar

<https://orcid.org/0009-0000-9762-6568>

Universidad Nacional de Río Negro
San Carlos de Bariloche, Argentina

RESUMEN

La estepa rionegrina presenta un territorio caracterizado por grandes distancias, baja densidad poblacional y condiciones ambientales que desafían la habitabilidad. En este contexto, la investigación analiza el papel de la arquitectura institucional como sistema de articulación territorial, tomando como casos de estudio los parajes de Las Bayas, Ñorquinco, Río Chico, Chacay Huarruca, y Fitamiche. A partir de un enfoque cualitativo, se combinaron el análisis arquitectónico y tectónico, el registro fotográfico, la cartografía de nodos institucionales y la interpretación fenomenológica del paisaje para comprender la relación entre arquitectura, territorio y comunidad.

El trabajo propone el concepto de arquitectura de la cercanía como categoría analítica para interpretar aquellas construcciones que, más allá de su función específica, reducen simbólica y funcionalmente las distancias mediante la conformación de redes de servicios, refugio y encuentro. Desde esta perspectiva, tanto las pequeñas arquitecturas institucionales —como capillas, iglesias e infraestructuras de comunicación— como los conjuntos conformados por escuelas, centros de salud y edificios públicos son comprendidos como hitos que estructuran el territorio y fortalecen la identidad comunitaria.

El estudio pone en diálogo los aportes de autores que han investigado la construcción histórica y territorial de la Patagonia con los marcos teóricos de Christian Norberg-Schulz, Kenneth Frampton y Kevin Lynch, demostrando que la arquitectura de la estepa no sólo responde a las condiciones materiales y ambientales del lugar, sino que también produce orientación, legibilidad territorial y sentido de pertenencia, contribuyendo a comprender la arquitectura como un sistema de relaciones que hace habitable la inmensidad patagónica.

Palabras claves: Arquitectura de cercanía; patrimonio arquitectónico; Estepa rionegrina.

* Artículo recibido 10 de junio de 2026; aceptado el 17 de julio de 2026.

¹ El presente artículo está vinculado a una investigación en curso, en el marco del desarrollo del doctorado UNRN en Arquitectura.

² Arquitecta por la Universidad Nacional de Buenos Aires; Doctoranda en la Universidad Nacional de Río Negro; es docente de la Escuela de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la misma Universidad. Con amplia trayectoria en la docencia universitaria en el área de historia y teoría en la UBA, Universidad de Flores y la UNRN, Argentina.

ABSTRACT

The Rio Negro steppe is defined by vast distances, low population density, and environmental conditions that challenge habitability. In this context, this research analyzes institutional architecture as a system for territorial articulation, using the settlements of Las Bayas, Ñorquínco, Río Chico, Chacay Huarruca, and Fitamiche as case studies. Through a qualitative lens, the study combines architectural and tectonic analysis, photographic documentation, the mapping of institutional nodes, and a phenomenological interpretation of the landscape to explore the bond between architecture, territory, and community.

The paper introduces 'architecture of proximity' as an analytical category to describe constructions that, beyond their primary function, bridge distances by creating networks of service, shelter, and gathering. From this perspective, both small structures—like chapels and communication hubs—and larger complexes—such as schools and health centers—act as landmarks that structure the territory and bolster community identity.

By bridging Patagonian historical research with the theories of Christian Norberg-Schulz, Kenneth Frampton, and Kevin Lynch, this study demonstrates that steppe architecture provides more than just shelter; it creates orientation, legibility, and a sense of belonging in the vast Patagonian expanse.

Keywords: Proximity architecture; architectural heritage; Rio Negro steppe.

Introducción: el Desafío de la Vastedad en la Estepa Rionegrina

La estepa rionegrina constituye uno de los paisajes más extensos y menos densamente poblados de la Patagonia argentina. Su geografía, caracterizada por grandes superficies de clima árido, escasas precipitaciones, grandes amplitudes térmicas y largas distancias entre asentamientos, configura un territorio donde las condiciones ambientales inciden de manera determinante sobre las formas de habitar y sobre la organización de las infraestructuras de soporte social. En este contexto, la noción de vacío³, frecuentemente utilizada para describir estos paisajes (Navarro Floria, 2007), resulta insuficiente para comprender la complejidad de un territorio atravesado por múltiples relaciones sociales, institucionales y culturales. Más que un espacio carente de elementos, la estepa constituye un sistema de referencias dispersas donde la arquitectura adquiere un papel estructurante.

Mientras que la ciudad se organiza a partir de la continuidad del tejido construido y encuentra sus principales referencias espaciales en los vacíos públicos —plazas, calles, parques—, la lógica territorial de la estepa invierte esta relación. Allí el vacío constituye la condición permanente del paisaje y son las construcciones las que emergen como hitos visuales capaces de otorgar orientación, identidad y posibilidad de encuentro. En consecuencia, la arquitectura deja de ser únicamente un objeto edilicio para transformarse en un dispositivo territorial que hace posible la habitabilidad de un espacio caracterizado por la distancia y el aislamiento (Williams, 2018).

Diversos autores han señalado que el paisaje patagónico no puede interpretarse únicamente desde sus condiciones físicas sino también desde las formas históricas mediante las cuales fue ocupado y significado (Núñez y Casalderey, 2017). Las investigaciones de Fernando Williams

³ (...) Un primer aspecto destacable de esta mirada es el tema del *desierto*, en tanto espacio a ser practicado y ocupado, ya no como el continente de la barbarie diagnosticada por Sarmiento como orden alternativo al estatal y peligroso, sino vacío, y su transformación discursiva —que anticipa y prescribe la transformación material— en territorio. (...) p. 83. Paisajes del Progreso. La resignificación de la Patagonia Norte, 1880-1916. Pedro Navarro Floria.

sobre las infraestructuras del territorio patagónico demuestran que caminos, puestos, escuelas y edificios públicos conforman una red material que permite comprender la construcción del paisaje como resultado de decisiones políticas y técnicas (Williams, 2018). En una línea complementaria, Núñez *et al* (2026) han mostrado cómo las instituciones estatales, las prácticas comunitarias y las dinámicas de poblamiento configuran territorialidades específicas donde la presencia arquitectónica adquiere un valor social que excede su función edilicia.

A partir de estos antecedentes, el presente trabajo propone analizar un conjunto de arquitecturas localizadas en distintos parajes de la estepa rionegrina desde una perspectiva sistémica. Más que estudiar edificios aislados, interesa comprender la manera en que determinadas construcciones —escuelas, puestos sanitarios, capillas, destacamentos policiales y otros equipamientos públicos— establecen relaciones de proximidad que posibilitan la permanencia de las comunidades rurales. Estas arquitecturas conforman lo que aquí se propone denominar “arquitectura de la cercanía” en paisajes rurales, entendida como un sistema de nodos territoriales cuya función principal consiste en reducir simbólica y materialmente las enormes distancias impuestas por el paisaje.

La hipótesis central sostiene que, frente a la inmensidad del territorio, la arquitectura institucional tiende a organizarse mediante agrupamientos estratégicos capaces de conformar pequeños sistemas de refugio. Estos conjuntos no solo ofrecen protección física frente a las condiciones ambientales adversas, sino que también concentran funciones educativas, sanitarias, religiosas y administrativas, favoreciendo la cooperación entre instituciones, optimizando recursos disponibles y fortaleciendo la seguridad y la cohesión social. Desde esta perspectiva, la arquitectura deja de interpretarse como un objeto autónomo para entenderse como parte de una red territorial donde cada edificio adquiere sentido en relación con los demás.

Este enfoque permite desplazar la mirada desde la escala arquitectónica hacia una lectura territorial, considerando que el valor de estas construcciones no reside exclusivamente en sus características formales o materiales, sino en las relaciones que establecen dentro de un sistema espacial mayor. En consecuencia, el estudio propone interpretar la estepa rionegrina como una red de nodos institucionales donde la arquitectura constituye un instrumento fundamental para hacer habitable un territorio cuya principal condición es la vastedad.

Metodología

La investigación adopta un enfoque cualitativo de carácter exploratorio y multiescalar que combina herramientas provenientes del análisis arquitectónico, la interpretación del paisaje, el mapeo de nodos y la construcción de una cartografía territorial. El objetivo metodológico consiste en comprender cómo determinados edificios e infraestructuras institucionales configuran una red de proximidad capaz de sostener la habitabilidad en un territorio caracterizado por grandes distancias y baja densidad poblacional.

Análisis de Imágenes: La Decodificación del Paisaje

La primera estrategia metodológica corresponde al análisis comparado de imágenes. La fotografía es entendida no sólo como un registro documental sino como un instrumento de interpretación arquitectónica que permite identificar relaciones entre forma, materialidad y territorio. A partir del relevamiento fotográfico se analizan tres dimensiones complementarias. En primer lugar, se identifican las señales visuales que posibilitan el reconocimiento de las construcciones a grandes distancias, observando aquellos elementos —campanarios, cubiertas, colores, siluetas o volumetrías— que interrumpen la homogeneidad cromática y topográfica de la estepa y funcionan como referencias espaciales. En segundo término, se estudian las soluciones tectónicas y constructivas mediante las cuales la arquitectura responde a las condiciones ambientales, prestando especial atención al empleo de piedra, adobe, hormigón y

cubiertas inclinadas como estrategias de adaptación climática, en diálogo con los postulados del Regionalismo Crítico formulados por Kenneth Frampton (2002). El análisis de las imágenes permite establecer relaciones de escala entre la inmensidad del paisaje y la dimensión de las construcciones, comparando desde objetos mínimos —como el buzón de Las Bayas— hasta hitos verticales como los campanarios de Río Chico y Ñorquinco. Desde la arquitectura, el análisis de imágenes se emplea para realizar una comparación formal y constructiva. Este proceso se divide en tres niveles:

Identificación de Señales Visuales: Se analizan los elementos constructivos que se convierten en señales diseñadas para ser decodificadas a la distancia en un entorno de horizonte homogéneo y monocromático (elementos que se destacan del color típico de la estepa y resaltan del paisaje).

Análisis Tectónico y Material: A través de las fotografías, se estudia el uso de la piedra, el cemento y el adobe como lenguajes de resistencia climática (muros gruesos y techos inclinados) que actúan bajo la lógica del Regionalismo Crítico.

Escala y Proporción: Se utiliza la imagen para contrastar el "objeto mínimo" (como el buzón de Las Bayas) con la "verticalidad del hito" (como los campanarios de Ñorquinco y Río Chico), analizando cómo estas estructuras organizan visualmente el espacio.

Cartografía de Nodos e Instituciones

Como segunda herramienta metodológica se desarrolla una cartografía analítica de nodos institucionales. Lejos de representar únicamente localizaciones geográficas, esta cartografía busca visualizar relaciones funcionales entre instituciones presentes en diferentes parajes de la Línea Sur rionegrina. Tomando los casos de Las Bayas, Ñorquinco, Río Chico, Chacay Huarruca y Fitamiche, las cartografías son interpretados como sistemas locales donde la proximidad entre escuela, puesto sanitario, capilla y otras dependencias estatales genera sinergias que permiten sostener la vida cotidiana de comunidades dispersas. El mapa deja de entenderse como un inventario de puntos que representan edificios para transformarse en una representación de redes de cooperación territorial.

Los puntos analizados (Las Bayas, Ñorquinco, Río Chico, Chacay Huarruca y Fitamiche) no son meras coordenadas, sino clústeres de refugio donde la cercanía entre escuela, salud y capilla garantiza la habitabilidad.

El Nodo de Conexión: Representado por el buzón en Las Bayas, como punto de vínculo entre la "periferia absoluta" y los centros urbanos.

El Clúster de Seguridad: Identificado en parajes como Chacay Huarruca y Fitamiche, donde el agrupamiento institucional optimiza recursos y seguridad frente a la soledad del paisaje

El Registro Fenomenológico

La investigación incorpora una aproximación arquitectónica fenomenológica⁴ (Norberg-Schulz, 1980) mediante la integración de registros fotográficos y las lecturas de los dichos de los pobladores publicados por otras investigaciones. Esta dimensión permite comprender la

⁴ "La fenomenología de la arquitectura, por lo tanto, debe basarse en una fenomenología del lugar. [...] El método de la fenomenología es la descripción. Para comprender el lugar, debemos comenzar por describir los fenómenos concretos que constituyen nuestro entorno cotidiano" Norberg-Schulz, C. (1980). *Genius Loci: Paisaje, Ambiente y Arquitectura*. Editorial Reverté. p. 8. Esta cita demuestra el traslado de la mirada sobre el espacio tridimensional al espacio existencial liderado por las vivencias y percepciones.

arquitectura no únicamente como una realidad física sino también como una experiencia espacial cargada de significados sociales y afectivos. En este sentido, cada edificio es interpretado como un lugar de refugio, encuentro e identidad colectiva, donde la memoria y las prácticas cotidianas contribuyen a consolidar la percepción de cercanía en un territorio cuya condición dominante continúa siendo la inmensidad.

Delimitación Geográfica y Escala de Influencia

El área de estudio se localiza en la estepa rionegrina y comprende un sistema de asentamientos de diversa jerarquía administrativa y social, entre los que se destacan la Municipalidad de Ñorquinco, la Comisión de Fomento de Río Chico, los parajes de Fitamiche y Chacay Huarruca (Chenqueniye), y la localidad de Las Bayas. Esta selección permite analizar la arquitectura no como elementos aislados, sino como una red de servicios que garantiza la habitabilidad en un territorio caracterizado por la periferia absoluta.

Para fines del análisis cartográfico, se ha definido un cuadrante de estudio con un perímetro de 300 km. Esta delimitación, aunque de carácter analítico, es fundamental para mensurar la magnitud de la vastedad —entendida no como vacío, sino como una condición material que la arquitectura debe resolver—. La superficie resultante de aproximadamente 562.500 hectáreas representa el área de influencia socio-espacial donde estos parajes y localidades operan. Dentro de esta inmensidad, los puntos mencionados actúan como nodos de cercanía, donde la arquitectura institucional (religiosa, educativa y de salud) tiende a la configuración de "clústeres" o microsistemas de refugio.

Las condiciones de accesibilidad en la estepa rionegrina no dependen únicamente de las grandes distancias entre asentamientos, sino también de las variaciones climáticas y del estado de la red vial. Las precipitaciones, las nevadas invernales, la acumulación de barro o la erosión producida por el viento y las escorrentías pueden volver intransitables numerosos caminos vecinales durante determinados períodos del año. En consecuencia, el desplazamiento suele requerir vehículos con tracción en las cuatro ruedas (4x4) y un conocimiento preciso del territorio, circunstancias que incrementan el aislamiento de las comunidades rurales y refuerzan la importancia de los nodos institucionales como espacios de proximidad, asistencia y resguardo.

En este radio de acción, incluso objetos de escala mínima, como el buzón de Las Bayas, se transforman en referencias máximas en el paisaje, permitiendo la conexión de la población rural con el exterior y constituyéndose como el primer hito de soberanía humana frente a la escala abrumadora del horizonte estepario. La siguiente imagen busca demostrar el área de influencia de las localidades frente al vasto territorio de la estepa.

Imagen 1: Ubicación general del área de estudio con respecto al territorio de la estepa norpatagónica en la Provincia de Río Negro (Argentina).



Fuente: mapa elaborado por la autora, usando Google Maps.

Imagen 2: Delimitación del área de estudio identificando los diferentes puntos de estudio.



1. Las Bayas
2. Paraje Chacay Huarruca
3. Municipio de Ñorquinco
4. Paraje Fitamiche
5. Comisión de Fomento de Río Chico

Fuente: mapa elaborado por la autora, usando Google Maps.

Habitar, construir y orientarse en la inmensidad

En este trabajo se propone el concepto de arquitectura de la cercanía como una categoría analítica para interpretar aquellas arquitecturas que, en territorios de baja densidad y grandes distancias, producen proximidad social, institucional y espacial mediante la conformación de nodos de referencia y refugio. Desde una perspectiva de la arquitectura fenomenológica, la estepa rionegrina no puede ser comprendida únicamente como un soporte físico o como un vacío territorial, sino como un ámbito de experiencia en el que el horizonte, la luz, el viento, la distancia y la escasez de referencias configuran la manera en que el espacio es vivido y significado. En términos de Christian Norberg-Schulz (1980), se trata de un lugar cuyo carácter no reside sólo en sus condiciones materiales, sino en la forma en que estas se manifiestan ante la percepción y estructuran la posibilidad misma de habitar. La inmensidad, la horizontalidad y el aislamiento no son, entonces, simples datos geográficos, sino componentes esenciales del *genius loci* de la estepa, es decir, de ese espíritu del lugar que la arquitectura debe reconocer, interpretar y hacer visible.

A partir del análisis de los casos de estudio desarrollados en este trabajo, se propone el concepto de *arquitectura de la cercanía* para describir el conjunto de edificaciones e infraestructuras que, independientemente de su escala o programa, reducen simbólicamente y funcionalmente las distancias propias de la estepa. Escuelas rurales, puestos sanitarios, capillas, destacamentos policiales e incluso pequeñas infraestructuras como el buzón de Las Bayas constituyen nodos territoriales capaces de concentrar servicios, producir vínculos sociales y establecer referencias espaciales en un paisaje donde la continuidad urbana está ausente. La cercanía, por lo tanto, no debe entenderse únicamente como una condición física de proximidad, sino como una construcción territorial donde la arquitectura hace posible la conexión entre personas, instituciones y lugares.

Esta interpretación encuentra un sólido sustento en la fenomenología del lugar desarrollada por Christian Norberg-Schulz. En *Genius Loci*. (1980), el autor sostiene que la misión fundamental de la arquitectura consiste en hacer posible el habitar mediante la revelación del carácter propio de cada sitio. Para Norberg-Schulz, los lugares poseen una identidad particular —el *genius loci* o espíritu del lugar— que la arquitectura no crea, sino que interpreta y hace visible. Habitar implica entonces establecer una relación existencial con el entorno, transformando un espacio abstracto en un lugar dotado de significado.

Trasladada al contexto de la estepa rionegrina, esta perspectiva permite comprender que el carácter del lugar está determinado por la inmensidad del horizonte, la horizontalidad del paisaje, la dispersión de los asentamientos y el aislamiento de las comunidades rurales. La arquitectura responde a estas condiciones no intentando dominarlas, sino ofreciendo puntos de referencia capaces de otorgar estabilidad, orientación y sentido. Cada escuela, cada capilla o cada pequeño edificio institucional representa un anclaje existencial dentro de un territorio donde la continuidad construida prácticamente desaparece. En este sentido, la arquitectura de la cercanía constituye una forma concreta de materializar el *genius loci* de la estepa, transformando un paisaje percibido como vacío en una red de lugares reconocibles y socialmente significativos. A su vez, esta dimensión fenomenológica dialoga, a su vez, con el concepto de Regionalismo Crítico formulado por Kenneth Frampton (2002). Frente a la homogeneización de la arquitectura moderna internacional, Frampton propone recuperar las particularidades geográficas, climáticas, topográficas y culturales de cada territorio como fundamento del proyecto arquitectónico. Más que reproducir imágenes vernáculas, el Regionalismo Crítico (Frampton, 2002) plantea una arquitectura capaz de interpretar críticamente las condiciones locales mediante la materialidad, las técnicas constructivas y la experiencia sensorial del lugar.

Estas arquitecturas relevadas en la Línea Sur expresan claramente esta condición. El uso recurrente de piedra laja, adobe, madera y cubiertas metálicas responde tanto a la disponibilidad de recursos como a un conocimiento acumulado durante generaciones de constructores locales. La manera de disponer la piedra, con piezas irregulares y juntas visibles, muestran los dibujos y colores de las piedras, constituye un lenguaje compartido que trasciende edificios individuales para configurar una identidad constructiva regional. Del mismo modo, la implantación de las edificaciones, el espesor de los muros, la orientación respecto de los vientos predominantes o la resolución de las cubiertas responden a las exigencias empíricas y ambientales del territorio antes que a criterios exclusivamente formales.

Desde esta perspectiva, la arquitectura de la cercanía no puede interpretarse únicamente como una red funcional de servicios, sino también como una continuidad material que vincula entre sí a construcciones dispersas a través de un mismo lenguaje tectónico. La repetición de determinadas técnicas y materiales genera una percepción de unidad territorial que fortalece la identidad de la estepa rionegrina y convierte a la arquitectura en una expresión cultural del paisaje.

Finalmente, la dimensión territorial de estas arquitecturas puede analizarse a partir de los aportes de Kevin Lynch sobre la construcción de la imagen urbana. Aunque *La imagen de la ciudad* (1960) fue una publicación que trabaja sobre conceptos para interpretación de ciudades, sus categorías y conceptos resultan especialmente útiles para comprender territorios abiertos sobre todo el término de hito que en estas lecturas territoriales adquiere una relevancia pertinente. Lynch define los hitos como elementos fácilmente identificables que permiten organizar mentalmente el espacio y orientar los desplazamientos. En la estepa rionegrina, donde predomina la horizontalidad y la ausencia de referencias visuales, esta función trasciende el ámbito urbano y adquiere una escala territorial. Los campanarios de las capillas, los tanques elevados de las escuelas, los mástiles, las chimeneas e incluso el pequeño buzón de Las Bayas son arquitecturas que operan como hitos que interrumpen la continuidad del horizonte y permiten reconocer la presencia humana a grandes distancias. No son los únicos, muchas veces árboles de gran altura, una antena también hace las veces de hitos. Su importancia no depende de sus dimensiones absolutas sino de su capacidad para destacar dentro del paisaje. La verticalidad, el contraste cromático y la singularidad volumétrica se convierten en estrategias arquitectónicas de orientación que facilitan la construcción de mapas mentales en un territorio donde los accidentes geográficos son escasos.

La articulación entre estos enfoques permite comprender la arquitectura aislada de la estepa como un sistema territorial complejo. Desde la fenomenología, las construcciones hacen posible el habitar y consolidan el sentido del lugar; desde el Regionalismo Crítico, expresan una adaptación constructiva material y cultural a las condiciones específicas del territorio; y desde la teoría de Lynch (1960), organizan espacialmente el paisaje mediante hitos capaces de orientar y conectar comunidades dispersas. Sobre esta base, la arquitectura de la cercanía se propone como una categoría conceptual que integra estas dimensiones y permite interpretar la red de edificios institucionales de la Línea Sur no como objetos aislados, sino como un sistema de nodos que hace habitable la inmensidad patagónica.

El buzón de Las Bayas: la mínima arquitectura de la conexión

Entre las arquitecturas presentes en la estepa rionegrina, el buzón emplazado en el paraje Las Bayas constituye probablemente la expresión más elemental de lo que se propone denominar *arquitectura de la cercanía*. Se trata de una pequeña estructura de piedra, de menos de un metro de altura, cuya modestia material contrasta con la magnitud de la función territorial que desempeñó durante gran parte del siglo XX. En un paisaje caracterizado por enormes distancias y baja densidad poblacional, este pequeño artefacto se transformó en el único dispositivo postal disponible en varios kilómetros a la redonda, operando como interfaz entre los habitantes de la

ruralidad dispersa y las redes administrativas, económicas y afectivas que articulaban el territorio nacional.

La importancia de este buzón excedía ampliamente el intercambio epistolar. Desde una perspectiva contemporánea de los estudios sobre infraestructura, el buzón puede comprenderse como un artefacto que hacía visible una red mucho más extensa de conexiones materiales e inmateriales. Como señalan Susan Leigh Star y Karen Ruhleder (1996), la infraestructura suele permanecer invisible hasta el momento en que media efectivamente las prácticas sociales; en este caso, la pequeña construcción condensaba un sistema logístico de alcance nacional cuya escala resultaba desproporcionada respecto de su dimensión física. En términos de Bruno Latour (2005), el buzón actuaba como un mediador capaz de ensamblar actores heterogéneos —habitantes rurales, administración postal, ferrocarril, empresas comerciales y circuitos de distribución— produciendo vínculos que difícilmente podrían comprenderse únicamente desde su condición material.

Durante las décadas de 1930 y 1940, la expansión del ferrocarril patagónico permitió consolidar un sistema logístico mediante el cual los catálogos comerciales de Gath & Chaves, una de las principales casas importadoras y de ventas por correspondencia de la Argentina, llegaban hasta los parajes más alejados. Los pobladores recibían esos catálogos a través del correo rural, yendo a buscar los mismos al buzón de Las Bayas en toda el área. Con la llegada de los catálogos, seleccionaban los productos mediante pedidos postales y posteriormente retiraban las mercaderías en las estaciones ferroviarias. De este modo, un objeto de dimensiones mínimas articulaba una compleja red de circulación de información, bienes y deseos que vinculaba la periferia más remota con los centros comerciales del país. En este sentido, la pequeña construcción de piedra operaba como una verdadera interfaz entre dos mundos aparentemente inconexos.

Desde el punto de vista arquitectónico, el buzón —única construcción que materializa la presencia del servicio postal en el paraje— constituye una obra de escala mínima cuya configuración formal y material le permite adquirir una presencia significativa dentro del paisaje. El conjunto está conformado por un receptáculo de aproximadamente 0,50 m de ancho por 0,50 m de profundidad, revestido íntegramente con piedra laja asentada sobre mortero cementicio, dejando las juntas deliberadamente expuestas. Este revestimiento no cumple únicamente una función estética, sino que conforma el soporte estructural y el resguardo de la caja metálica destinada a recibir la correspondencia, otorgándole protección frente a las rigurosas condiciones climáticas de la estepa. La utilización de piedra laja responde tanto a la disponibilidad de este recurso en la región como a una tradición constructiva ampliamente difundida en la Línea Sur rionegrina. La disposición irregular de las piezas y la expresividad de las juntas visibles remiten a un saber técnico local que se reconoce en numerosas edificaciones del territorio, estableciendo una continuidad material entre arquitecturas dispersas. De este modo, el buzón comparte el mismo lenguaje constructivo que escuelas, capillas y edificios públicos, integrándose a una identidad arquitectónica regional basada en el uso de materiales locales y técnicas transmitidas de manera empírica.

Imagen 3: El buzón de las Bayas.

Fuente: repositorio personal de la autora.

Formalmente, el volumen adopta una composición vertical que culmina en un remate de carácter pinacular, próximo a la figura de un pequeño obelisco, sobre el cual se dispone una cubierta de chapa a cuatro aguas pintada en un tono rojizo. Más allá de sus reducidas dimensiones —que no superan aproximadamente 1,50 m de altura total—, esta resolución compositiva incrementa su visibilidad sobre el horizonte abierto de la estepa. La verticalidad del remate, el contraste cromático de la cubierta y la textura pétrea del revestimiento permiten que el buzón trascienda su condición de equipamiento funcional para convertirse en un hito territorial fácilmente identificable. En términos del lenguaje arquitectónico, el empleo de piedra laja constituye una de las características constructivas más representativas de la estepa rionegrina. Su utilización responde, en primer lugar, a la disponibilidad del recurso en el territorio, siendo la localidad de Los Menucos uno de los principales centros de extracción y producción de este material mediante la explotación de canteras de piedra laja. Sin embargo, su presencia en las edificaciones trasciende la lógica del aprovechamiento de un recurso local y configura una identidad constructiva reconocible en toda la región.

La forma de colocación de la piedra, respetando sus cortes irregulares y dejando las juntas visibles, evidencia la transmisión de saberes técnicos desarrollados por generaciones de constructores locales. Esta modalidad de aparejo, basada más en el conocimiento práctico que en la estandarización industrial, se repite sistemáticamente en edificios de distintos parajes y localidades de la Línea Sur, revelando la existencia de una tradición constructiva compartida. La reiteración de estas soluciones materiales permite reconocer un lenguaje arquitectónico propio, donde la técnica, la disponibilidad de recursos y la experiencia acumulada confluyen en una forma particular de construir el paisaje. En este sentido, la piedra deja de ser únicamente un material para convertirse en un elemento de identidad territorial. Su textura, color y modo de ejecución establecen una continuidad visual entre las distintas arquitecturas dispersas en la estepa, reforzando la idea de una cultura material común que contribuye a la construcción del carácter del lugar. Desde la perspectiva del Regionalismo Crítico propuesta por Kenneth

Frampton (2002), estas decisiones constructivas pueden interpretarse como respuestas específicas a las condiciones geográficas y culturales del territorio, en las que la materialidad actúa como mediadora entre el paisaje, la técnica y la experiencia de habitar.

En un paisaje donde predominan la horizontalidad y la escasez de referencias construidas, la importancia arquitectónica del buzón no reside en su escala física sino en su capacidad de ser visto, reconocido y localizado a distancia. Su diseño demuestra que, en la estepa, incluso una construcción de dimensiones mínimas puede asumir una función estructurante del territorio, constituyéndose en un punto de orientación, encuentro y conexión. Esta condición reafirma la hipótesis de este trabajo: la arquitectura de la cercanía no depende de la magnitud de los edificios, sino de la intensidad de las relaciones territoriales y sociales que son capaces de articular.

Desde esta perspectiva, el buzón puede interpretarse como el primer nodo de una red de proximidad territorial. Es una de las primeras construcciones que se perciben cuando uno transita la ex ruta 40 desde Pilcaniyeu hacia el sur con destino Ñorquinco. Su valor arquitectónico no reside en su complejidad formal, sino en la capacidad de condensar relaciones sociales, económicas y culturales en un único punto del paisaje. Es una arquitectura mínima que produce máxima conectividad, demostrando que, en la estepa, la relevancia de una construcción no depende de su tamaño, sino de las relaciones que habilita. Esta condición permite establecer un puente conceptual con las restantes arquitecturas analizadas en este trabajo. Si el buzón representa la expresión mínima de la conexión territorial, las capillas rurales constituyen un estadio superior de ese mismo sistema. Incluso en localidades con menos de mil habitantes, estos edificios adquieren una presencia singular mediante su implantación, su materialidad y, especialmente, la verticalidad de sus campanarios, que funcionan como referencias visuales capaces de organizar el territorio y orientar el desplazamiento en un paisaje donde los accidentes geográficos son escasos.

En este punto resulta pertinente recuperar el concepto de *genius loci*, la arquitectura no crea el sitio, sino que hace visible su esencia mediante la forma construida, la materialidad y la relación con el paisaje. Esta interpretación dialoga con las investigaciones de Núñez et al (2026), quienes entienden el territorio patagónico como un palimpsesto de memorias, prácticas e infraestructuras superpuestas que construyen sentido a lo largo del tiempo. En la estepa rionegrina, pequeñas obras como el buzón o las capillas franciscanas adquieren una dimensión territorial que trasciende su función inmediata. Esta arquitectura elemental asume un rol significativo al superar la vasta escala geográfica, según el análisis de la zona. Ambas arquitecturas hacen posible el habitar porque convierten la inmensidad en un espacio legible, reconocible y socialmente compartido.

La verticalidad del hito en el tejido urbano

Al igual que en los asentamientos del Medioevo —donde las agujas de las iglesias irrumpían en el horizonte para transformarse en faros guías de los peregrinos—, la arquitectura sacra de la estepa apela a la verticalidad del hito como un recurso morfológico clave para organizar y dar sentido al incipiente tejido urbano. Este fenómeno se evidencia en templos de mayor escala regional, como la Parroquia Sagrada Familia en Ñorquinco y la Capilla Nuestra Señora de Luján en Río Chico. Ambas estructuras fueron proyectadas con una clara vocación de visibilidad; sus alturas y la presencia distintiva de sus campanarios no solo dominan el perfil del paisaje, sino que operan como ejes ordenadores y puntos de referencia visual para la comunidad circundante.

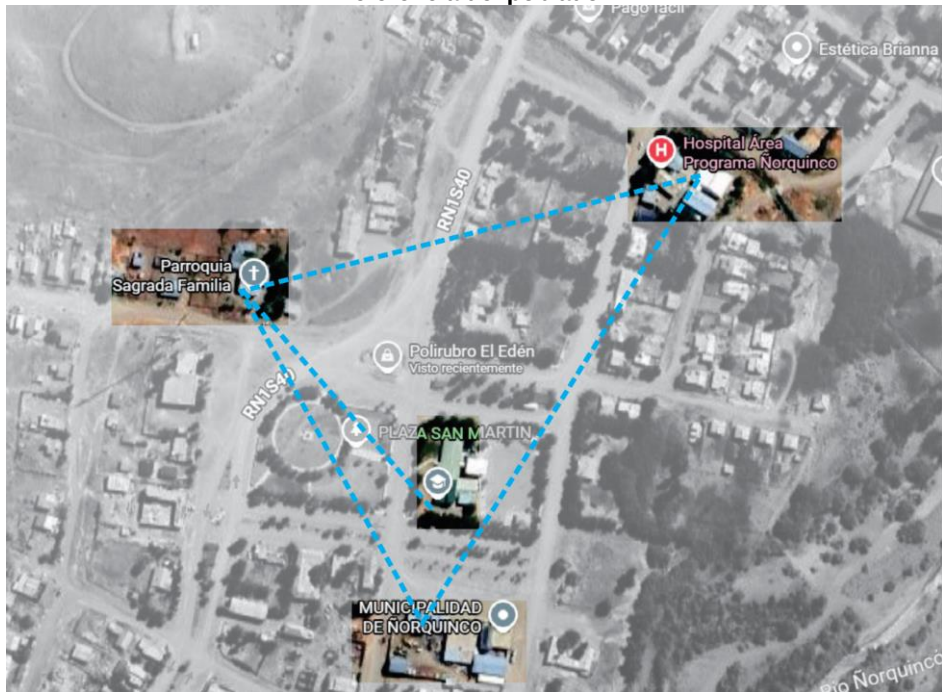
Esta impronta formal se complementa y profundiza a través de su dimensión acústica, donde la arquitectura trasciende los límites físicos de su propia materia. El tañido de las campanas, originado en lo alto de la torre urbana, se proyecta hacia el exterior mediante un fenómeno de

dispersión que propaga las ondas sonoras a través de las grandes extensiones del territorio rural. En esta dinámica, el sonido no viaja en el vacío, sino que interactúa con las corrientes del viento patagónico, mimetizando y compitiendo con la atmósfera del lugar. Desde la perspectiva de Christian Norberg-Schulz (1980), el ambiente de un sitio está íntimamente ligado a estas cualidades intangibles y sensoriales que determinan su carácter; de este modo, la propagación aérea del eco sacro expande los esquemas de orientación existencial de los habitantes, permitiéndoles estructurar una imagen mental del entorno e identificar una "zona de influencia" institucional que se vuelve perceptible mucho antes de que la arquitectura sea divisada por el ojo. El estímulo sonoro actúa como un puente invisible que mitiga el aislamiento geográfico, aun cuando el hecho construido permanece oculto tras el horizonte o la bruma, el poblador de la estepa se descubre acompañado al percibir esa llamada distante, transformando ese sonido en una experiencia que recuerda la presencia de otros en el territorio.

Sin embargo, esta voluntad de presencia y dominio dialoga de manera conflictiva con la hostilidad geográfica. En el caso de Ñorquinco, el prematuro agrietamiento y el desgaste del revoque —manifestados casi inmediatamente después de su construcción— exponen la vulnerabilidad de la obra, y de su construcción vernácula frente a los rigores del suelo y el clima local. Lejos de restarles valor, este deterioro material refuerza la carga simbólica de los edificios: se transforman en una arquitectura de la resistencia, testimonios físicos que batallan por sostener y perpetuar la presencia del Estado y de la Iglesia en el territorio.

En cuanto a su implantación, la parroquia se emplaza estratégicamente en el núcleo fundacional y administrativo de la ciudad, consolidando su rol como hito de referencia social y territorial. El edificio religioso se localiza de manera inmediata a la Plaza San Martín, el principal espacio público y nodo central de la trama urbana. Esta condición de proximidad genera un estrecho vínculo espacial con las instituciones clave que estructuran la vida pública del asentamiento. En torno a este mismo espacio público central se articula el equipamiento educativo básico, situándose la escuela de la localidad directamente frente a la plaza. Asimismo, la centralidad institucional se ve reforzada por un esquema de accesibilidad peatonal inmediata, donde el edificio de la Municipalidad y el Hospital se encuentran integrados al mismo sector urbano. Esta concentración de servicios y funciones cívicas en un radio acotado no sólo facilita el dinamismo del tejido urbano, sino que potencia la presencia simbólica de la iglesia al integrarla por completo en el corazón de la vida cotidiana comunitaria.

Imagen 4: identificación de las ubicaciones de las diferentes instituciones y puntos de referencia del poblado.



Fuente: mapa elaborado por la autora, usando Google Maps.

En cuanto a un análisis más constructivo formal, los componentes del templo revelan una estrecha correspondencia con el lenguaje simbólico de la arquitectura sacra y su persistente e histórica búsqueda de verticalidad. Esto se manifiesta de manera directa en las proporciones que desarrollan sus carpinterías, cuyos vanos angostos y altos estilizan la fachada y dirigen la mirada hacia el cielo. Si bien la volumetría sugiere a primera vista una configuración original resuelta exclusivamente mediante mampostería portante, el análisis exterior expone una intervención posterior: un sistema estructural adintelado que queda expuesto en las fachadas. Esta decisión tectónica a posteriori encuentra su raíz causal en las patologías edilicias del templo, puntualmente en las grietas que fracturan sus revoques exteriores y que delatan los movimientos o fallas del soporte original.

Por su parte, la resolución tecnológica de la cubierta exhibe una marcada austeridad y una respuesta pragmática al entorno. El techo de chapa acanalada carece de un sistema perimetral de recolección de agua de lluvia, lo que deja los cantos y ondas del material completamente vistos y expuestos en el frente de la edificación, enfatizando un carácter rústico y directo. Finalmente, en coincidencia morfológica con la escala menor del buzón estudiado, la torre del campanario remata su verticalidad mediante una cubierta piramidal a cuatro aguas color rojo óxido, consolidando la identidad geométrica del hito en el paisaje.

Imagen 5: Parroquia Sagrada Familia de Ñorquinco.

Fuente: fotografía gentileza de la Dra. Paula Núñez.

Estudiando la Capilla Nuestra Señora de Luján, ubicada en la localidad de Río Chico, permite ampliar esta lectura al presentar una resolución arquitectónica que, si bien comparte el mismo universo material y simbólico que la parroquia de Ñorquinco, evidencia un mayor grado de consolidación formal y constructiva. Su estado general de conservación resulta considerablemente mejor, permitiendo apreciar con mayor claridad la coherencia compositiva del proyecto y la manera en que sus diferentes elementos participan en la construcción del hito territorial. A diferencia de otras capillas rurales donde el acceso aparece subordinado al volumen principal, en este caso el ingreso adquiere un marcado protagonismo al disponerse sobre el eje longitudinal de la nave, reforzando la tradicional organización procesional propia de la arquitectura religiosa. Esta decisión compositiva no sólo ordena la secuencia espacial del edificio, sino que establece un recorrido claramente jerarquizado desde el espacio público hacia el interior del templo.

La importancia del acceso se ve reforzada mediante el empleo de piedra laja en el revestimiento del pórtico, recurso material que vuelve a manifestar la estrecha vinculación entre arquitectura y territorio. La textura, el espesor y la expresividad del aparejo pétreo diferencian el plano de ingreso respecto del resto de la envolvente, otorgándole una condición de umbral que anticipa el carácter simbólico del espacio religioso. Al igual que en las demás construcciones analizadas, la piedra no constituye únicamente un recurso disponible en el entorno inmediato, sino un material capaz de expresar permanencia, arraigo y continuidad con el paisaje geológico de la Línea Sur. Esta jerarquización material encuentra su complemento en la organización volumétrica del conjunto. La torre del campanario se dispone coincidiendo con el eje del acceso principal, consolidando una composición axial donde la verticalidad enfatiza el punto de ingreso y orienta la percepción del edificio desde grandes distancias. De este modo, la torre deja de funcionar

exclusivamente como soporte de las campanas para convertirse en el principal elemento ordenador de la composición arquitectónica. La coincidencia entre eje, acceso y campanario produce una lectura inmediata del edificio y fortalece su condición de referencia territorial. Desde una perspectiva morfológica, esta operación resulta especialmente significativa en el contexto de la estepa rionegrina. Allí donde predominan la horizontalidad del paisaje y la escasez de referencias construidas, la verticalidad adquiere una función que trasciende el simbolismo religioso. El campanario organiza visualmente el entorno, permite anticipar la presencia del asentamiento y facilita la orientación de quienes recorren largas distancias por caminos rurales. La arquitectura religiosa no sólo construye un lugar para el culto; construye también un punto de reconocimiento dentro del territorio.

A diferencia de Ñorquínco, cabecera del departamento homónimo y principal centro administrativo de la región, Río Chico constituye un asentamiento de menor jerarquía institucional dentro de la organización territorial de la Línea Sur rionegrina. No obstante, esta condición administrativa contrasta con una situación geográfica singular que imprime al paisaje características notablemente diferentes respecto de otros poblados de la estepa. Mientras que Ñorquínco se integra visual y morfológicamente a la planicie esteparia, donde el horizonte abierto y la escasa cobertura vegetal dominan la percepción del territorio, Río Chico se desarrolla sobre el valle formado por el curso del río homónimo. La presencia permanente del agua modifica sustancialmente las condiciones ambientales, favoreciendo el crecimiento de una vegetación abundante que contrasta con la aridez predominante de la región. Esta condición convierte al asentamiento en un verdadero oasis dentro de la estepa patagónica, donde la disponibilidad del recurso hídrico no sólo transforma el paisaje, sino que también condiciona las formas de ocupación y de habitar el territorio.

La estructura urbana responde directamente a esta configuración geográfica. A diferencia de los asentamientos organizados en torno a una plaza central o a un núcleo institucional claramente definido, Río Chico presenta un crecimiento predominantemente lineal que acompaña el desarrollo del valle y del cauce fluvial. La trama urbana se extiende paralela al río, adaptándose a la topografía y manteniendo una distancia prudente respecto de la ribera, tanto para aprovechar las condiciones ambientales favorables como para reducir la exposición a posibles crecidas. Esta implantación genera una organización espacial más longitudinal que radial, donde las instituciones y equipamientos se distribuyen a lo largo del recorrido urbano en lugar de concentrarse en un único centro cívico.

Imagen 6: El cauce del río Chico (en amarillo) y el desarrollo urbano contiguo al río (celeste). Se destacan dos puntos de referencia, la iglesia hacia el norte y la sede de la comisión de fomento, centro administrativo de la localidad.



Fuente: mapa elaborado por la autora, usando Google Maps.

En consecuencia, la relación entre arquitectura y territorio adquiere aquí una lógica diferente a la observada en Ñorquinco. Mientras que en aquella localidad las edificaciones emergen como hitos sobre la vasta horizontalidad de la estepa, en Río Chico el paisaje vegetal y la presencia constante del río construyen un escenario de mayor proximidad y contención. Sin embargo, esta aparente excepción no modifica la condición territorial general. El valle constituye un episodio localizado dentro de un sistema mucho más amplio dominado por la inmensidad de la estepa, razón por la cual las arquitecturas institucionales continúan desempeñando un papel fundamental como referencias espaciales, lugares de encuentro y nodos de articulación comunitaria.

Imagen 7: ubicación de las instituciones en la localidad de Río Chico. Se representan la iglesia, la escuela, la sala de atención sanitaria y el destacamento policial.



Fuente: mapa elaborado por la autora, usando Google Maps.

Esta comparación se pone de manifiesto que la denominada arquitectura de la cercanía no depende de una forma específica del territorio, sino de la capacidad de la arquitectura para establecer vínculos entre las personas, las instituciones y el paisaje, transformando espacios geográficamente diversos en lugares habitables e identificables. Ahora bien, volviendo específicamente a la comparación entre las iglesias de Ñorquinco y Río Chico permite advertir que, pese a las diferencias en su estado de conservación y en la resolución de algunos aspectos constructivos, ambas comparten un mismo lenguaje proyectual. La composición axial, la jerarquización del acceso, el empleo de piedra laja como material identitario y el protagonismo del campanario conforman una serie de constantes arquitectónicas que se repiten en distintos asentamientos de la Línea Sur. Esta reiteración permite interpretar dichas construcciones no como obras aisladas, sino como parte de una estrategia territorial donde la arquitectura religiosa actúa simultáneamente como espacio de reunión comunitaria, hito visual y dispositivo de orientación en el paisaje patagónico.

La persistencia de estos recursos compositivos confirma que la verticalidad constituye una decisión proyectual deliberada antes que un mero atributo formal. La torre, el campanario y el acceso jerarquizado conforman un sistema de señales arquitectónicas que hace visible la presencia institucional de la comunidad y establece un vínculo permanente entre el edificio y el vasto territorio que lo rodea. En este sentido, la Capilla Nuestra Señora de Luján reafirma la hipótesis central de este trabajo: en la estepa rionegrina, la arquitectura no sólo resuelve funciones específicas, sino que organiza el espacio, produce referencias compartidas y

contribuye a construir una red de lugares capaces de hacer habitable la inmensidad. Se podría inferir que los recursos que se utilizan para generar impacto visual en la estepa se repiten y resumen en: la articulación entre verticalidad, axialidad y materialidad, tres operaciones proyectuales que permiten a estas edificaciones destacarse en un paisaje de extrema horizontalidad y convertirse en referencias permanentes para las comunidades que habitan la estepa. La construcción del hito en la arquitectura religiosa de la Línea Sur no depende exclusivamente de la altura de sus campanarios, sino de la conjunción de estos aspectos mencionados.

Imagen 7: Capilla Nuestra Señora de Luján.



Fuente: fotografía gentileza de la Dra. Paula Núñez.

Sinergias institucionales: Capilla, Escuela y Salud

A diferencia de los trazados ortogonales planificados, el desarrollo de centros urbanos como Ñorquinco o Río Chico no responde a una planificación previa ni a una cuadrícula teórica rígida. Por el contrario, la morfología de estos asentamientos revela un crecimiento orgánico y adaptativo, donde las directrices del tejido se van acomodando de manera espontánea a las

curvas de nivel del terreno accidentado y a la necesidad imperativa de proximidad física entre los habitantes. En este escenario, la arquitectura y los espacios públicos se configuran mediante una lógica de agregación y vecindad, buscando resguardo topográfico contra las inclemencias del clima y consolidando una trama densa donde la cercanía morfológica compensa la escala inabarcable del entorno que los rodea.

El enclave rural, compuesto por la capilla y la escuela como nexo estatal se conforman como un asentamiento clave dentro del territorio. En la escala dispersa de parajes como Chacay Huarruca o Fitamiche, las capillas encuentran su ancla y su razón de ser espacial en la relación directa y contigua con las instituciones escolares. En estos puntos críticos del territorio, la escuela rural funciona como el nexo fundamental y primario entre el Estado y la estepa profunda. Al acoplarse físicamente a este núcleo educativo, la capilla no solo optimiza recursos de infraestructura y seguridad bajo la estrategia del "clúster", sino que se legitima socialmente. Este binomio entre el aula y el altar constituye un hito de soberanía y permanencia; un nodo donde el habitante disperso de la estepa no solo acude en busca de instrucción o asistencia, sino que encuentra un espacio de referencia colectiva que humaniza el desierto geográfico.

La estrategia de agrupar de manera compacta y estratégica las instituciones clave de una comunidad no constituye una respuesta contemporánea ni exclusiva de la ruralidad patagónica; por el contrario, encuentra un antecedente directo en la legislación urbanística del Imperio español para la colonización de América. Este modelo centralizado fue formalizado a través de las "Ordenanzas de descubrimientos, nueva población y pacificación de las Indias", promulgadas por el rey Felipe II en 1573 y recopiladas posteriormente en las Leyes de Indias de 1680. Esta normativa legal estipulaba que cualquier asentamiento debía estructurarse a partir de un trazado en damero o cuadrícula rectilínea cuyo punto de partida e interés primordial era la Plaza Mayor.

En la planificación ideal americana, este espacio central cuadrangular funcionaba como el clúster originario del territorio, donde cada uno de los frentes o cuadrantes circundantes se destinaba específicamente a albergar los pilares del orden colonial: el poder político-administrativo (las Casas Reales o el Cabildo, la presencia real del Estado), el poder religioso (la Iglesia Mayor o Catedral), la fuerza militar (el cuartel o la milicia) y la dinámica socioeconómica (las lonjas de comercio y el mercado). Asimismo, la traza preveía la reserva de solares linderos para alojar los equipamientos secundarios para el control de la población, tales como hospitales, cárceles y centros de educación o escuelas (De Solano, 1990). Por esta razón no es de extrañarse que, ante la presencia del Estado en la estepa patagónica, con la aparición de las escuelas, pueda incipientemente formarse un enclave con las mismas instituciones que antaño formaron las Plazas Mayores en ciudades capitales de América, en este caso con la Iglesia.

Al concentrar estos equipamientos en torno a la plaza, la Corona española no sólo buscó optimizar los recursos de seguridad, defensa y control social ante un entorno geográfico vasto y a menudo percibido como hostil, sino que erigía un hito de soberanía institucional contundente. El habitante americano, de modo análogo al poblador contemporáneo de la estepa, encontraba en este núcleo compacto un marco de referencia físico y simbólico que ordenaba el paisaje natural y humanizado el desierto americano.

Bajo esta lógica de ocupación institucional heredada, estos equipamientos dejan de operar como hechos aislados para constituirse en una red estratégica de nodos interconectados sobre las aproximadas 560.000ha del paisaje rionegrino que estamos estudiando. Esta estructura de contención está compuesta, sobre todo, por el entramado de las escuelas rurales y las capillas en los parajes, sumado a la centralidad urbana del hospital, la municipalidad y el centro comunitario. Incluso la presencia del correo, materializada de forma mínima pero potente a través del buzón, se integra a este sistema de intercambios. Cada uno de estos componentes

funciona como un punto de anclaje que fija y estabiliza la presencia del Estado y de la Iglesia en el desierto. Al enlazar lo visual mediante las torres, lo sensorial a través de la acústica, y lo civil mediante los servicios esenciales, esta red de nodos teje una infraestructura que domina y humaniza la dispersión de la estepa. Se trata de un entramado simbólico y físico que le demuestra al poblador que, aun en los confines del mapa, el territorio permanece delimitado, comunicado y habitado bajo una misma mirada institucional.

La materialidad como lenguaje de lo propio. Aproximaciones tectónicas a la arquitectura de la estepa rionegrina

El análisis tectónico de las arquitecturas relevadas en la estepa rionegrina permite comprender que la construcción trasciende la mera resolución técnica para convertirse en un lenguaje capaz de expresar las condiciones ambientales, culturales y territoriales donde estas obras se insertan. Siguiendo la interpretación propuesta por Kenneth Frampton (2002), la tectónica no se limita a la técnica constructiva, sino que constituye la manifestación visible de la relación entre estructura, materialidad y experiencia del habitar. En este sentido, las edificaciones analizadas no sólo responden a requerimientos funcionales o tecnológicos, sino que construyen una identidad territorial reconocible mediante la reiteración de determinados materiales, sistemas constructivos y soluciones formales.

Las siguientes consideraciones constituyen un avance preliminar destinado a estructurar un análisis comparativo entre las diversas tipologías edilicias estudiadas. Si bien el relevamiento métrico y planimétrico aún se encuentra en proceso de sistematización, resulta posible identificar constantes tectónicas que atraviesan escuelas, capillas, puestos sanitarios, viviendas institucionales e incluso infraestructuras de pequeña escala, como el buzón de Las Bayas. Uno de los primeros aspectos que emerge del análisis es la estrecha relación entre materialidad y territorio. La utilización de piedra laja constituye una constante en gran parte de las edificaciones relevadas y evidencia una lógica constructiva basada en el aprovechamiento de los recursos disponibles. Su presencia no responde únicamente a criterios económicos, sino que expresa una continuidad entre la arquitectura y el paisaje geológico del cual procede. Los Menucos, principal centro productor de piedra laja de la Línea Sur, abastece históricamente a numerosas localidades de la región, permitiendo que este material se convierta en uno de los principales componentes de la identidad arquitectónica regional. La piedra aparece tanto en los arcos de acceso de las capillas como en los basamentos del buzón de Las Bayas y en numerosos muros de contención y cerramientos rurales.

En todos los casos se observa un aparejo irregular que conserva la geometría natural de las piezas y deja visibles las juntas de mortero. Esta decisión constructiva trasciende la economía de medios y manifiesta un conocimiento técnico transmitido entre generaciones de constructores locales. La tectónica, en consecuencia, no se expresa mediante la perfección industrial de las piezas, sino a través de la evidencia del trabajo manual y de la adaptación permanente al comportamiento específico del material. Esta lógica encuentra un claro correlato con la noción de Regionalismo Crítico desarrollada por Kenneth Frampton (2002), quien sostiene que la arquitectura adquiere sentido cuando establece un diálogo consciente con las condiciones topográficas, climáticas y culturales del lugar, resistiendo la homogeneización impuesta por los modelos universales de producción. Las construcciones de la estepa no reproducen imágenes pintoresquistas de la arquitectura vernácula; por el contrario, elaboran respuestas pragmáticas donde los materiales disponibles, las técnicas conocidas y las exigencias ambientales convergen en soluciones específicas para este territorio.

En esta misma dirección, la coexistencia de diferentes sistemas constructivos permite reconocer distintas etapas de ocupación y transformación tecnológica. Las edificaciones más antiguas conservan muros portantes de adobe, técnica ampliamente difundida en los primeros asentamientos rurales debido a la disponibilidad del suelo y a sus excelentes propiedades de

inercia térmica. La incorporación posterior del hormigón armado y la mampostería cementicia no implicó una sustitución inmediata de los sistemas tradicionales, sino una convivencia de tecnologías que aún hoy puede reconocerse en numerosos parajes de la Línea Sur. Esta superposición de técnicas revela que la evolución constructiva no responde a una lógica lineal de reemplazo, sino a un proceso de adaptación progresiva donde cada material mantiene vigencia en función de las posibilidades económicas, logísticas y culturales de cada comunidad. Más allá de los materiales empleados, las soluciones constructivas responden de manera consistente a las condiciones climáticas de la estepa. Los gruesos espesores murarios proporcionan estabilidad térmica frente a las importantes amplitudes de temperatura entre el día y la noche, mientras que las cubiertas inclinadas favorecen el rápido escurrimiento de nieve y lluvia y ofrecen una mayor resistencia frente a los intensos vientos patagónicos. La tectónica expresa así una forma de conocimiento ambiental acumulado, donde cada decisión constructiva constituye una respuesta específica a las condiciones del sitio. Sin embargo, las diferencias más significativas aparecen al analizar los procesos de producción de las distintas arquitecturas institucionales. Las capillas rurales representan probablemente la expresión más acabada de una construcción vernácula. Sus formas, proporciones y detalles nacen del conocimiento práctico de los propios habitantes y de la participación comunitaria durante la ejecución de las obras. En ellas, la arquitectura conserva una fuerte dimensión artesanal donde cada edificio incorpora pequeñas variaciones derivadas de la disponibilidad de materiales, de la experiencia de los constructores y de las particularidades del lugar.

Ahora bien, expuesto lo que se presenta en la arquitectura sacra, se contrapone la respuesta que dan las escuelas rurales, construidas bajo una lógica radicalmente diferente. Su producción depende de organismos estatales que proyectan, financian y ejecutan edificios a partir de tipologías estandarizadas para todo el territorio provincial. Las cuadrillas de trabajadores llegan desde otros centros urbanos, permanecen temporalmente durante la construcción y abandonan posteriormente el paraje. Como consecuencia, estas obras reproducen soluciones espaciales, constructivas y funcionales prácticamente idénticas en diferentes localidades. La repetición tipológica garantiza eficiencia administrativa y control técnico, pero reduce considerablemente la capacidad de adaptación formal a las particularidades del sitio.

No obstante, incluso estas arquitecturas seriadas terminan incorporando ciertos rasgos del territorio mediante la utilización de materiales regionales, la adaptación a las condiciones climáticas y las transformaciones posteriores realizadas por las propias comunidades educativas. La apropiación cotidiana introduce modificaciones, ampliaciones y reparaciones que devuelven a estas obras una dimensión local inicialmente ausente. Otro aspecto relevante del análisis tectónico es la construcción deliberada de elementos destinados a incrementar la visibilidad de las edificaciones. En un territorio caracterizado por la horizontalidad del paisaje y la escasez de referencias naturales, la arquitectura desarrolla recursos compositivos que permiten ser identificada a grandes distancias. Campanarios, cruces, mástiles, tanques elevados y pequeños remates verticales constituyen una familia de elementos cuya función excede el simbolismo religioso o institucional para convertirse en auténticos dispositivos territoriales de orientación. Incluso el buzón de Las Bayas participa de esta lógica. Su cubierta a cuatro aguas pintada de rojo, apoyada sobre un volumen pétreo de carácter pinacular, construye un contraste cromático y volumétrico que facilita su reconocimiento dentro del paisaje. Del mismo modo, las cruces blancas de las capillas destacan sobre el cielo gris de la estepa, permitiendo que el edificio sea identificado desde largas distancias por quienes se desplazan a caballo o por los caminos rurales. La tectónica deja entonces de ser únicamente una cuestión constructiva para transformarse en un lenguaje visual orientado a producir referencias espaciales.

Esta condición aproxima la arquitectura de la estepa a una dimensión territorial donde la construcción no sólo protege o alberga actividades, sino que organiza el paisaje mediante una red de hitos visuales. La expresión material, la elección de determinados colores, la verticalidad

de ciertos elementos y la utilización de materiales locales forman parte de un mismo sistema destinado a hacer legible un territorio cuya principal característica es la inmensidad.

Desde esta perspectiva, la materialidad constituye mucho más que una respuesta técnica. Piedra, adobe, hormigón, chapa y madera conforman un vocabulario arquitectónico compartido que permite reconocer la pertenencia territorial de las distintas edificaciones. Cada construcción dialoga con el suelo del que emerge, con el clima al que responde y con las comunidades que la utilizan. La tectónica se convierte así en la manifestación física de una cultura material donde la arquitectura expresa simultáneamente identidad, adaptación y permanencia. Comprender estas obras desde una lectura tectónica permite superar las interpretaciones centradas exclusivamente en la forma o en el programa funcional. Lo que otorga singularidad a la arquitectura de la estepa rionegrina no es únicamente la utilización de materiales locales o la respuesta climática, sino la capacidad de convertir esas decisiones constructivas en un lenguaje compartido que hace reconocible el territorio. En la inmensidad patagónica, construir significa también hacer visible, orientar y otorgar sentido al paisaje.

Conclusión. La arquitectura de la cercanía como construcción territorial

La estepa rionegrina ha sido históricamente interpretada como un territorio de grandes vacíos. La baja densidad poblacional, la amplitud del horizonte y las enormes distancias entre asentamientos contribuyeron a consolidar una imagen donde la inmensidad parecía definir por sí sola la experiencia del paisaje. Sin embargo, el análisis desarrollado a lo largo de este trabajo demuestra que esa aparente condición de vacío es, en realidad, el soporte sobre el cual se construye una compleja red de relaciones materiales, institucionales y simbólicas. Más que un espacio carente de referencias, la estepa constituye un territorio organizado por una sucesión de nodos cuya existencia hace posible el habitar. Este primer estudio permitió abordar esta problemática desde una metodología que combinó el registro fotográfico, la observación arquitectónica, la cartografía de nodos institucionales y la interpretación fenomenológica del paisaje.

Este enfoque hizo posible desplazar la mirada desde el edificio aislado hacia el sistema territorial que dichas construcciones conforman. El mapa dejó de ser únicamente una representación geográfica para convertirse en una cartografía de relaciones, donde cada escuela, capilla, puesto sanitario o infraestructura mínima adquiere sentido por las conexiones que establece con las demás. En este contexto se propuso el concepto de arquitectura de la cercanía como una categoría analítica capaz de explicar el funcionamiento de estas arquitecturas dispersas. La cercanía no debe entenderse únicamente como una condición física de proximidad entre edificios, sino como una construcción territorial que reduce simbólica y funcionalmente las enormes distancias de la estepa. La arquitectura aproxima personas, instituciones y servicios; hace posible el encuentro cotidiano y construye una percepción de pertenencia en un territorio donde las referencias son escasas y los desplazamientos pueden implicar decenas de kilómetros.

En este sentido los aportes de Christian Norberg-Schulz permitieron comprender que estas arquitecturas no sólo ocupan un sitio, sino que contribuyen a hacerlo habitable. Cada edificio revela el carácter del lugar y ofrece aquello que el autor denomina un soporte existencial para el habitar. En la estepa, donde el paisaje aparece dominado por la inmensidad y la horizontalidad, la arquitectura produce lugares allí donde antes sólo existía extensión. Escuelas, capillas y puestos sanitarios dejan de ser objetos construidos para transformarse en puntos de referencia emocional y territorial, capaces de otorgar identidad a comunidades dispersas. La lectura propuesta por Kenneth Frampton permitió reconocer que esta condición territorial encuentra una expresión concreta en la materialidad y en la tectónica de las obras. El empleo de piedra laja, adobe, madera y cubiertas metálicas no constituye únicamente una respuesta económica o tecnológica, sino una manifestación de un conocimiento constructivo profundamente vinculado

al territorio. La utilización de recursos locales, la adaptación al clima y la persistencia de determinados sistemas constructivos configuran un lenguaje común que otorga unidad a arquitecturas producidas en distintos momentos históricos y bajo diferentes modalidades de gestión. La noción de hito desarrollada por Kevin Lynch (1960) adquirió una nueva dimensión al ser trasladada desde el ámbito urbano hacia el territorio abierto de la Patagonia. Allí donde desaparecen las calles y las manzanas, la arquitectura asume la responsabilidad de construir orientación. Campanarios, cruces, tanques elevados, mástiles e incluso el pequeño buzón de Las Bayas se convierten en referencias capaces de organizar la percepción del espacio y de hacer legible un territorio caracterizado por la ausencia de accidentes geográficos relevantes. La verticalidad, el contraste cromático y la singularidad formal dejan de ser decisiones exclusivamente compositivas para transformarse en estrategias territoriales.

Este análisis permitió, además, identificar una coexistencia entre dos formas de producción arquitectónica. Por un lado, las construcciones vernáculas, surgidas del conocimiento práctico de las comunidades locales y de procesos colectivos de autoconstrucción; por otro, las arquitecturas institucionales promovidas por el Estado, concebidas a partir de tipologías estandarizadas y ejecutadas mediante sistemas constructivos racionalizados. Lejos de presentarse como realidades opuestas, ambas modalidades terminan convergiendo en el territorio mediante procesos de apropiación, adaptación y transformación que incorporan progresivamente las particularidades del paisaje y de sus habitantes. Uno de los hallazgos más significativos de esta investigación reside precisamente en comprender que la tectónica de estas arquitecturas trasciende la resolución constructiva. Los materiales, las técnicas, las proporciones y los elementos emergentes no sólo construyen edificios; construyen también orientación, memoria e identidad. La tectónica de la estepa no sólo construye refugio; construye legibilidad territorial. Cada decisión material participa simultáneamente de la protección frente al clima y de la construcción de un paisaje reconocible, donde la arquitectura permite leer el territorio y establecer vínculos con él.

En este sentido, el análisis del buzón de Las Bayas adquiere un valor paradigmático. Se trata probablemente de la construcción más pequeña relevada en esta investigación y, sin embargo, una de las de mayor densidad institucional. Su reducida escala no limita su capacidad territorial. Por el contrario, demuestra que incluso una mínima infraestructura puede convertirse en un nodo de articulación entre una comunidad rural y el resto del país. Durante décadas, el correo permitió la llegada de noticias, catálogos comerciales, comunicaciones familiares y servicios públicos, haciendo visible que la cercanía no depende de la dimensión física de una obra, sino de la intensidad de las relaciones que hace posibles. Del mismo modo, los conjuntos conformados por capilla, escuela y puesto sanitario representan una escala superior de esa misma lógica territorial. Más que edificios aislados, constituyen sistemas institucionales donde diferentes funciones convergen para garantizar condiciones mínimas de habitabilidad. La proximidad entre estas instituciones no responde únicamente a criterios funcionales o económicos; expresa una estrategia histórica de ocupación del territorio basada en la cooperación entre organismos públicos y comunidades locales.

Esta lectura permite reconocer un aspecto frecuentemente relegado por la historiografía arquitectónica. Las arquitecturas de la estepa no son exclusivamente el resultado de políticas estatales ni únicamente el producto de iniciativas comunitarias. Son, más bien, la expresión material de un proceso de construcción colectiva donde confluyen saberes técnicos, trabajo comunitario, planificación institucional y apropiación cotidiana. Incluso aquellas obras proyectadas desde organismos centrales adquieren una identidad local a través del uso, del mantenimiento y de las transformaciones realizadas por sus propios habitantes. Desde esta perspectiva, cada edificio constituye un acto de permanencia frente a un territorio cuya principal condición es la distancia. Construir en la estepa implica mucho más que levantar muros o resolver un programa funcional. Significa establecer una referencia estable en el paisaje, ofrecer un lugar de encuentro y hacer visible la presencia de una comunidad allí donde el horizonte

parece extenderse indefinidamente. Por ello, la arquitectura de la cercanía propuesta en este trabajo trasciende la escala del objeto construido para convertirse en una forma de interpretar el territorio patagónico. No describe únicamente un conjunto de edificios, sino una manera específica de producir proximidad mediante la arquitectura. Esta categoría puede resultar útil para comprender otros territorios de baja densidad donde la construcción de redes institucionales constituye una condición indispensable para garantizar la habitabilidad.

El recorrido desarrollado permite afirmar que la arquitectura de la estepa expresa una profunda capacidad colectiva de construir territorio. Desde la pequeña estructura pétreo que sostiene un buzón hasta las capillas levantadas por generaciones de pobladores o las escuelas impulsadas por el Estado y apropiadas por las comunidades rurales, todas estas obras representan una misma voluntad de permanecer. Son la materialización de una acción compartida que transforma la inmensidad en lugar, la distancia en vínculo y el aislamiento en comunidad. Quizás allí resida el principal aprendizaje que ofrece la arquitectura de la estepa rionegrina. Allí donde el mapa parece diluir las presencias humanas, la arquitectura demuestra que siempre es posible construir cercanía. No únicamente mediante edificios, sino mediante relaciones. No sólo mediante refugios, sino mediante una red de lugares capaces de hacer visible que incluso en los bordes del territorio existe una comunidad que decide permanecer, organizarse y habitar colectivamente el paisaje.

Referencias

- De Solano, F. (1990). Ciudades hispanoamericanas y pueblos de indios. Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Frampton, K. (2002). Hacia un regionalismo crítico: Seis puntos para una arquitectura de resistencia. En H. Foster (Coord.), *La posmodernidad* (pp. 37–58). Editorial Kairós. (Obra original publicada en 1983).
- Lynch, K. (1960). *La imagen de la ciudad*. Editorial Gustavo Gili.
- Navarro Flórez, P. (2007). Paisajes del progreso: La resignificación de la Patagonia Norte, 1880-1916. Editorial Universidad Nacional del Comahue.
- Norberg-Schulz, C. (1980). *Genius loci: Paisaje, ambiente y arquitectura*. Editorial Reverté.
- Núñez, P., & Casalderey, C. (2017). Formas del tiempo y construcción territorial en la región patagónica. *Revista Lider*, 19(30), 38–70.
- Núñez, P., Williams, F., & Lema, C. (2026). Vernáculo, popular, autogestivo: Enfoques materiales/arquitectónicos para pensar las ausencias y presencias del Estado. En V. Azcoitia (Coord.), *Araucanía-Norpatagonia VI*. Editorial UNRN.
- Star, S. L., & Ruhleder, K. (1996). *Steps toward an ecology of infrastructure: Design and access for large information spaces*. *Information Systems Research*, 7(1), 111–134. <https://doi.org/10.1287/isre.7.1.111>
- Williams, F. (2018). *Infraestructura y paisaje en la Patagonia argentina: Hacia una perspectiva histórica centrada en el recurso hídrico*. En *Araucanía-Norpatagonia II: La fluidez, lo disruptivo y el sentido de la frontera* (Cap. 7). Editorial UNRN.



Esta obra está bajo licencia internacional [Creative Commons Reconocimiento-No Comercial 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).